



PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Noveno grado
Lengua y Literatura

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Noveno grado
Lengua y Literatura

El fuego y el colibrí

Ana Catalina Burbano

Takea robó el fuego que el sol había dejado sobre las tierras bajas. Lo escondió entre dos piedras y lo llevó a su cueva, al pie de un cerro. Los hombres que vivían en esas tierras trataron de recuperarlo, pero una piedra grande les cerró el paso. Entonces se retiraron apenados y la primera noche cayó sobre la tierra.

Después vinieron las primeras lluvias y con ellas la niebla, el granizo y el frío. Cuando no salía el sol, que les daba sus rayos para secar la carne, tostar los granos y abrigarse, el frío y el hambre ponían enfermos a los niños más pequeños. El hombre que había robado el fuego no se inmutaba: él no pasaba hambre, tampoco frío. Salía en las noches, para que nadie lo viera, y volvía cargado de capibaras, nutrias de río y gordas codornices, dejaba caer unas palabras mágicas sobre la enorme piedra que tapaba la cueva y entonces esta lo dejaba pasar.

Saltando sobre los árboles y escondidos tras las piedras, corriendo junto a lagunas y quebradas, niños y jóvenes aguardaban al hombre que había robado el fuego. Sin temor a los espíritus del bosque, lo seguían hasta la misma entrada de la cueva, pero la voz de Takea era como un murmullo y ninguno alcanzaba a entender sus palabras. Al final se cansaron, y casi sin esperanza volvieron sus casas. Solo algunos chiquillos se quedaron, pero eran tan pequeños que pronto olvidaron la razón por la cual estaban allí. Jugaban a las escondidas, atrapaban coatíes y los hacían bailar ante los ojos del hombre que había robado el fuego. Y el hombre se sentía tan contento, que algunas veces las palabras mágicas se le escapaban ante los niños, pero ellos estaban muy ocupados en sus juegos y lo que el hombre dijera o dejara de decir poco les importaba.

Por primera vez, el arcoíris cubrió la tierra. Otro día, algunas jóvenes salieron antes del alba. Iban en busca de la mañana, pensaban que si salían a encontrarla podrían hablarle y pedirle algún deseo. Mientras lo hacían iban hablando de todo un poco, de las estrellas que brillan de madrugada, de los colores de la tierra y del agua y, claro, también del hombre que había robado el fuego. Un colibrí que estaba cerca las escuchó y, como estaba enamorado de una de ellas, decidió hacer algo.

Un día que Takea regresaba a su cueva, Jempe, que así se llamaba el colibrí, se le puso delante y le dijo:

—Hombre, llévame contigo. Te haré una buena taza de caldo.

El hombre sonrió ante la audacia del pajarito. Allí, entre la yuca que el hombre llevaba sobre la espalda, Jempe empezó a cantar. Más que en el caldo, el hombre pensaba en la compañía. Llevaba tiempo cansado de estar solo.

Cuando el hombre salía a buscar alimentos, el colibrí lo acompañaba. Le indicaba los mejores senderos para encontrar el agua que bajaba de la montaña y le ayudaba a recolectar frutos dulces y granos dorados. El espíritu de la agricultura aún no había llegado hasta esos cerros.

Una noche mientras Takea preparaba sus alimentos, Jempe se acomodó cerca del fuego. Había llovido toda la tarde, estaba mojado y temblaba de frío. Picoteaba sus plumas, tratando de secarlas y después se esponjaba, todo contento. En cuanto estuvo seco empezó a cantar:

Abuelito fuego, abuelito fuego
venga conmigo, vamos al cerro.

El hombre alzó los ojos sorprendido e intentó decir algo, pero estaba cansado y había comido tanto que, muy a su pesar, se quedó dormido. Sobre un montón de paja, junto al fogón, el hombre empezó a roncar y siguió roncando...

Abuelito fuego, abuelito fuego

venga conmigo, vamos al cerro.

De este modo seguía cantando el colibrí, hasta que el fuego, que había oído su canto, se abrazó fuerte a la cola del pajarito... Pero él siguió cantando:

¡Ay, si los hombres pudiesen verme!

Si ellos pudieran entrar aquí...

¿Dónde están las palabras que van a liberarnos?

¿Cómo haremos, abuelo, para salir?

¡Muévete, piedrecita mía, ay!

Ante estas últimas palabras, la piedra se movió ligeramente, lo justo para que pasara el colibrí. Este, sin quererlo, había pronunciado alguna de las palabras mágicas. Cruzó la selva oscura, donde todos dormían, pasó sobre las aguas lucientes y habladoras y voló cerro arriba, llevando el fuego en su colita azul turquesa.

Mientras el colibrí se arreglaba la cola —que se le había partido por la mitad— el fuego se instaló sobre tres troncos gruesos. Entonces un sendero rojo cruzó la selva, en dirección al este, hacia el lucero del alba. El viento y la lluvia fueron tras él... Y las muchachas que iban en busca de la mañana pudieron verlo.

Ese día, los hombres y las mujeres de esas tierras saludaron agradecidos la llegada del fuego. A este le gustó tanto el recibimiento, que se puso a cantar; hay quien dice que todavía está cantando. Los custodios del fuego, que viven entre esos cerros, cantan con él y viajan por el sendero rojo hacia las cuatro regiones del universo, de donde vienen la luz y la lluvia, el tiempo y los sueños.

Tomado de Burbano, C. (2002). *El fuego y el colibrí*. Quito: Editorial Santillana.

Ana Catalina Burbano (1962). Escritora ecuatoriana, nacida en Esmeraldas. Poeta y narradora. En 1996 ganó el premio Darío Guevara Mayorga de literatura infantil. Entre sus obras destacan *Cuentos para Claudia*, *La niña azul*, *El árbol de piedra y agua*.

El niño duende del río

Daicy Vanessa Arellano

En la comunidad de Pijal existe un río. Una leyenda dice que, un día, doña Juana fue a lavar su ropa en sus aguas, como de costumbre. Iba acompañada de su pequeño hijo, Felipe. Al llegar al río, la madre le dijo que se sentara junto a ella hasta que terminara sus labores. Mientras tanto, Felipe se entretuvo jugando con piedras, pero pasó un buen tiempo y el niño quiso ir a jugar un poco más allá, cerca de unas ramas bastante robustas. Viendo que su niño se mostraba aburrido, Juana le dio permiso.

Cuando Felipe cruzó las ramas vio a otro niño que lo llamaba para que fuese a jugar con él. Los dos se entretuvieron y se fueron alejando cada vez más y más del lugar donde se encontraba Juana. La madre comenta que vio a Felipe jugar con las ramas y que todo el tiempo estaba solo, que en ningún momento observó al otro niño, pero en un abrir y cerrar de ojos su hijo había desaparecido.

Doña Juana lo buscó hasta el cansancio, pero no encontró ni rastro de Felipe, hasta el punto de que le pareció inútil seguir buscando. Y así pasó el tiempo. Veinte años después doña Juana seguía frecuentando el río en busca de su hijo, con la pena inmensa que la invadía por no encontrar a su pequeño. Hasta que un día, repentinamente, Felipe apareció de la nada y era evidente que para él no habían pasado los años. El hijo de Juana seguía siendo el pequeño niño que había desaparecido veinte años atrás.

Las personas dicen que quien se lo llevó fue el duende que habita en el río, y dicen que solo los niños, a tempranas horas de la mañana y cerca de la noche, lo ven. Aseguran que los llama a jugar para luego llevárselos, y después de un largo tiempo regresan como si para ellos no hubiese pasado el tiempo. Vuelven con la misma ropa y de la misma edad, pero para estos niños es difícil volver a acoplarse a la vida común y corriente de un niño en un mundo real.

Daicy Vanessa Arellano (2002). Estudiante de segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jacinto Collahuazo. Este relato fue seleccionado en el concurso "Nuestras propias historias", organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

Primavera

Nicolás Guillén

Mi prima Vera venía
por marzo, en la Primavera.
Mi jardín la recibía,
al tiempo que le decía:
—Bienvenida, prima Vera.

Mi prima Vera tenía
muy negra la cabellera
y la mirada fulgía
como una hoguera.

Ayer mi ensueño pedía:
—Vuelve, vuelve Primavera...
Mas nadie me respondía.

Ahora gritaré al verano:
¿No tienes calor, hermano?

Al Otoño le diré:
¿Qué por fin es lo de usted?

Y al Invierno oscuro y frío:
¡Diciembre no es un mes mío!

Oh, ven pronto, Primavera:
Mi prima Vera te espera.

Tomado de Guillén, N. (1978). *Primavera*. La Habana: Editorial Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Nicolás Cristóbal Guillén Batista (1902-1989). Poeta, periodista y activista político cubano. Considerado el máximo representante de la llamada «poesía negra» por su obra ligada a las tradiciones afrocubanas. Entre sus obras destacan *Sóngoro*, *Cosongo* y otros poemas, *Isla de rojo coral* y *La paloma de vuelo popular*.

Flores en mi cabeza

Natalia García

Era el tercer mes de tratamiento de quimioterapia y mi cabello comenzaba a caer. Todas las mañanas, cuando despertaba encontraba en mi almohada cantidades de crespos. Mi mamá, algunas veces, me traía regalos para distraer mi angustia y mi aburrimiento. La habitación de la Clínica tenía un ventanal grande, y por ahí se me escapaban los sueños, entre las copas de los árboles que alcanzaban a verse; en la mañana era hermoso despertar con el canto de los pájaros, pero con el tiempo la misma ventana, la misma habitación, ya no escuchas ni ves nada.

A las pocas semanas, cuando ya no tenía nada, nada de pelo, se me ocurrió que las flores que usaba adornando las uñas pegarían también en mi cabeza. Una a una las fui colocando, hasta que aquello parecía un jardín. Así estaría bien mientras me volvía a crecer pelo. Sin embargo, a los pocos días observé que las flores no se caían al bañarme, y sus colores eran más intensos. Me acerqué al espejo y vi pequeños duendecitos y hadas saltando de flor en flor. Era algo novedoso. Jamás había visto algo así. Eran personitas tiernas y tan diminutas que apenas se veían. Me llamó la atención que usaban adorables zapatitos negros de charol, y al pasar dejaban una sombra con polvillo brillante que se quedaba en las flores.

Era extraordinario.

Una tarde sentí que uno de estos duendecitos se bajó de mi cabeza, deslizándose luego por la almohada; después lo vi corriendo entre los cables del suero. Traté de cogerlo y, de pronto, brincó a la mesa donde estaban las drogas. Se metió en los algodones, rodó encima de las aspirinas, hasta el teléfono, y allí pasó oprimiendo los números. Parecía que se divertía, pero finalmente saltó, quedando pegado en un esparadrapo. De repente luchaba y luchaba, pero no lograba desprenderse. De repente, dos figuritas aladas llegaron a ayudarlo, hasta que lograron liberarlo. Fue entonces cuando entró

la enfermera de turno a aplicarme la droga, y entredormida, pude notar que en su bandeja se llevaba al duende y a las dos hadas, al lado de las jeringas y demás medicamentos. Entonces reaccioné y le pedí un vaso de agua. Ella dejó la bandeja y me lo trajo. Mientras la bebía, ellos escaparon...

Hoy, varios años después, mi cabello me ha crecido; pero es raro, esta mañana, cuando me peiné, encontré una florecita en el cepillo.

Tomado de García Medina, N. (2012). *Colombia cuenta*. Cartagena: Editorial Delfín.

Natalia García (1998). Escritora colombiana. Cuando presentó este cuento para el Sexto Concurso Nacional de Cuento Colombia cuenta, estaba en séptimo año en el colegio Liceo en formación de Bogotá. Le gusta escribir, leer y pintar, actividades que le permiten sentir más la vida y crear.

El durmiente del valle

Arthur Rimbaud

Es un surco de verdura donde canta un río
prendiendo entre risas jirones de plata
por las yerbas; donde el sol alumbra desde
la altiva montaña: es una vaguada que hierve de fulgor.

Un soldado joven, cabeza desnuda, boca abierta
y la nuca encharcada entre el fresco berro azul,
duerme; está tendido sobre la yerba, bajo el cielo,
pálido en su lecho verde donde llueve la luz.

Duerme con los pies entre gladiolos. Sonriendo
como haría un niño enfermo, sueña.
¡Mécelo con amor, Naturaleza, que tiene frío!

Los aromas ya no estremecen sus sentidos,
duerme tranquilo al sol, con una mano sobre el pecho.
Dos hoyos rojos se abren en su costado.

Tomado de <https://bit.ly/2FfSX0X> (20/12/2018)

Arthur Rimbaud (1854-1891). Poeta francés. Abandonó la literatura a los diecinueve años para dedicarse al comercio entre Europa y África. Entre sus obras destacan *Cartas del vidente*, *Una temporada en el infierno*, *Iluminaciones*.

El primer beso

Clarice Lispector

Más que conversar, aquellos dos susurraban: hacía poco que el romance había empezado y andaban tontos, era el amor. Amor con lo que trae aparejado: celos.

—Está bien, te creo que soy tu primera novia, me pone contenta. Pero dime la verdad: ¿nunca antes habías besado a una mujer?

—Sí, ya había besado a una mujer.

—¿Quién era? —preguntó ella dolorida.

Toscamente él intentó contárselo, pero no sabía cómo.

El autobús de excursión subía lentamente por la sierra. Él, uno de los muchachos en medio de la muchachada bulliciosa, dejaba que la brisa fresca le diese en la cara y se le hundiera en el pelo con dedos largos, finos y sin peso como los de una madre. Qué bueno era quedarse a veces quieto, sin pensar casi, sólo sintiendo. Concentrarse en sentir era difícil en medio de la barahúnda de los compañeros.

Y hasta la sed había empezado: jugar con el grupo, hablar a voz en cuello, más fuerte que el ruido del motor, reír, gritar, pensar, sentir...

¡Caray! Cómo se secaba la garganta.

Y ni sombra del agua. La cuestión era juntar saliva, y eso fue lo que hizo. Después de juntarla en la boca ardiente la tragaba despacio, y luego una vez más, y otra. Era tibia, sin embargo, la saliva, y no quitaba la sed. Una sed enorme, más grande que él mismo, que ahora le invadía todo el cuerpo.

La brisa fina, antes tan buena, al sol del mediodía se había tornado ahora árida y caliente, y al entrarle por la nariz le secaba todavía más la poca saliva que había juntado pacientemente.

¿Y si tapase la nariz y respirase un poco menos de aquel viento del desierto? Probó un momento, pero se ahogaba en seguida. La cuestión era esperar, esperar. Tal vez minutos apenas, tal vez horas, mientras que la sed que tenía era de años.

No sabía cómo ni por qué, pero ahora se sentía más cerca del agua, la presentía más próxima y los ojos se le iban más allá de la ventana recorriendo la carretera, penetrando entre los arbustos, explorando, olfateando.

El instinto animal que lo habitaba no se había equivocado: tras una inesperada curva de la carretera, entre arbustos, estaba... la fuente de donde brotaba un hilillo del agua soñada.

El autobús se detuvo, todos tenían sed, pero él consiguió llegar primero a la fuente de piedra, antes que nadie.

Cerrando los ojos entreabrió los labios y ferozmente los acercó al orificio de donde chorreaba el agua. El primer sorbo fresco bajó, deslizándose por el pecho hasta el estómago.

Era la vida que volvía, y con ella se encharcó todo el interior arenoso hasta saciarse. Ahora podía abrir los ojos.

Los abrió, y muy cerca de su cara vio dos ojos de estatua que lo miraban fijamente, y vio que era la estatua de una mujer, y que era de la boca de la mujer de donde salía el agua.

Se acordó de que al primer sorbo había sentido realmente un contacto gélido en los labios, más frío que el agua.

Y entonces supo que había acercado la boca a la boca de la mujer de la estatua de piedra. La vida había chorreado de aquella boca, de una boca hacia otra.

Intuitivamente, confuso en su inocencia, se sintió intrigado: pero si no es de la mujer de quien sale el líquido vivificante, el líquido germinador de la vida... Miró la estatua desnuda.

La había besado.

Lo invadió un temblor que desde fuera no se veía y que, empezando muy adentro, se apoderó de todo el cuerpo y convirtió el rostro en brasa viva.

Dio un paso hacia atrás o hacia delante, ya no sabía qué estaba haciendo.

Perturbado, atónito, se dio cuenta de que una parte de su cuerpo, antes siempre serena, estaba ahora en una tensión agresiva, y eso no le había ocurrido nunca.

Dulcemente agresivo, se hallaba de pie, solo en medio de los demás con el corazón latiendo pausada, profundamente, sintiendo

cómo se transformaba el mundo. La vida era totalmente nueva, era otra, descubierta en un sobresalto. Estaba perplejo, en un equilibrio frágil.

Hasta que, surgiendo de lo más hondo del ser, de una fuente oculta en él chorreó la verdad. Que en seguida lo llenó de miedo y también de un orgullo que no había sentido nunca.

Se había...

Se había hecho hombre.

Tomado de Lispector, C. (2007). *Leer X leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Clarice Lispector (1920-1977). Una de las más renombradas escritoras del Brasil. Entre sus obras destacan *Cerca del corazón salvaje* y *El Brillo*.

Si tú me olvidas

Pablo Neruda

Quiero que sepas
una cosa.
Tú sabes cómo es esto:
si miro
la luna de cristal, la rama roja
del lento otoño en mi ventana,
si toco
junto al fuego
la impalpable ceniza
o el arrugado cuerpo de la leña,
todo me lleva a ti,
como si todo lo que existe,
aromas, luz, metales,
fueran pequeños barcos que navegan
hacia las islas tuyas que me aguardan.

Ahora bien,
si poco a poco dejas de quererme
dejaré de quererte poco a poco.
Si de pronto
me olvidas
no me busques,
que ya te habré olvidado.
Si consideras largo y loco
el viento de banderas
que pasa por mi vida
y te decides
a dejarme a la orilla
del corazón en que tengo raíces,
piensa
que en ese día,
a esa hora
levantaré los brazos
y saldrán mis raíces
a buscar otra tierra.

Pero
si cada día,
cada hora
sientes que a mí estás destinada
con dulzura implacable.
Si cada día sube
una flor a tus labios a buscarme,
ay amor mío, ay mía,
en mí todo ese fuego se repite,
en mí nada se apaga ni se olvida,
mi amor se nutre de tu amor, amada,
y mientras vivas estarás en tus brazos
sin salir de los míos.

Tomado de <https://bit.ly/2Hykmyr> (13/03/2019)

Pablo Neruda (1904-1973). Escritor, senador y embajador chileno. Ganó el Premio Nobel de Literatura en 1971. Entre sus obras destacadas se encuentran *Confieso que he vivido* y *Cien sonetos de amor*.

Y pensar que pudimos

Ramón López Velarde

Y pensar que extraviamos
la senda milagrosa
en que se hubiera abierto
nuestra ilusión, como perenne rosa...

Y pensar que pudimos
enlazar nuestras manos
y apurar en un beso
la comunión de fértiles veranos...

Y pensar que pudimos
en una onda secreta
de embriaguez, deslizarnos,
valsando un vals sin fin, por el planeta...

Y pensar que pudimos,
al rendir la jornada,
desde la sosegada
sombra de tu portal y en una suave
conjunción de existencias,
ver las cintilaciones del Zodíaco
sobre la sombra de nuestras conciencias...

Tomado de <https://bit.ly/2TZuhTG> (13/03/2019)

Ramón López Velarde (1888-1921). Poeta posmodernista mexicano. Entre sus libros se encuentran *El don de febrero y otras prosas* y *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles*, y los poemarios *La sangre devota* y *El son del corazón*

Los poetas entre el bosque y el silencio

Guillermo Manuel Torres Ruiz

Los poetas buscaban el silencio
y se internaron en el bosque.
Allí llevaron su cargamento de palabras,
que se hizo mortaja entre las ramas,
que se hizo dolor en las espinas de las rosas,
que se hizo sufrimiento en las zarzas verdes y marrones,
que adheridas a los cuerpos de los árboles
luchaban por no ser arrancadas.

Las palabras llevaban en sus ojos los mejores colores
y en su cuerpo como son de cuerdas
los mejores sonidos que alborotaban el corazón de las
silenciosas raíces
que alababan a la tarde y agradecían los dones de los poetas
soñadores
que aliviaron los nombres y la vida de tantos rostros
moribundos.

Las formas se hicieron paraíso
y las ramas de colores crecieron en la primavera,
pero los poetas huyeron hacia otro paraíso más lejano,
entonces la espera se hizo larga.
Hasta hoy el bosque sigue esperando su visita...
los que allí moran extrañan sus palabras.
Su corazón se va secando lentamente.

Tomado de Varios. (2014). *Arawi chinchansuyo. Poesía del norte y del sur*. Ecuador: Jaguar Editorial.

Guillermo Manuel Torres Ruiz (1956). Escritor peruano. Fue director de los grupos artísticos Nueva Generación y Yawar Inca y miembro del grupo literario Espiral.

Medalla de honor (fragmento)

Irene Vasco

Con mucho cuidado Martín se quitó el saco del uniforme de gala, acercó una silla al armario de la ropa que nunca se usaba, acomodó el saco en un gancho y lo metió entre las chaquetas más gruesas. Después se aseguró de que el saco hubiera desaparecido entre la ropa amontonada en los mil y un ganchos. Al fin respiró tranquilo al ver que si alguien se asomaba tendría que tomarse mucho tiempo antes de descubrir su uniforme.

—Mamá nunca va a encontrar la medalla que me dieron esta mañana en el colegio. Y si no la encuentra no me puede castigar —pensó Martín al dar por terminado el trabajo más difícil del día.

El resto de la tarde Martín vio televisión, comió muchas galletas, hizo berrinche a la hora de acostarse y no se volvió a acordar del saco escondido ni de la medalla de honor que le habían colgado durante la izada de bandera esa mañana.

—¿Por qué se la habían dado a él? —se preguntó cuando estuvo metido en la cama. Y aunque trataba de recordar alguna travesura hecha en clase o en el recreo, no se le ocurría nada como para que le dieran la medalla.

—Ojalá hubiera amanecido enfermo. Ojalá me hubiera dejado el bus. Ojalá una tormenta hubiera inundado el colegio —se decía Martín cada vez que la dichosa medalla se le aparecía en la cabeza—. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? —se repetía—. Menos mal mamá no sospechará dónde está el saco del uniforme. Nadie se imagina que yo mismo lo he guardado. Todos están acostumbrados a que deje la ropa regada desde la puerta de la casa hasta mi cama cada vez que llego del colegio —se consolaba Martín, rogando para que el saco no apareciera nunca más (...)

Durante la noche Martín tuvo pesadillas. Soñaba que le colgaban medallas por todo el uniforme y que cada vez que daba un paso su saco hacía tiing tiing tiing. A la mañana siguiente las cosas parecían seguir el mismo ritmo que todas las mañanas de colegio.

Era como si mamá y Martín se supieran unas frases que repetían automáticamente:

—¿Por qué tengo que usar un uniforme tan anticuado? Esta ropa me raspa —se quejaba Martín mientras mamá se afanaba por terminar de vestirlo mirando el reloj una vez por segundo.

—Pero si te ves precioso, Martín. Con el uniforme de gala pareces un marinero. Y a ti te fascinan los barcos, ¿no es cierto, mi amor? —¡Guácala! No me gustan los barcos con marineros disfrazados de verde. Odio este saco, odio este pantalón, odio la corbata y la camisa con ese cuello que me raspa.

Y así todos los días hasta esa mañana. Todo parecía igual... hasta que llegó el turno de acomodarle a Martín el uniforme de gala.

—Martín, que te laves los dientes. Martín que no mojes el baño. Martín, que te comas el huevo, Martín, que te apures, Martín que faltan quince para las siete. Martín, que te pongas ya el saco del uniforme...

—¿El saco del uniforme? ¿Dónde está el saco del uniforme? ¿DÓNDE DEJASTE EL SACO DEL UNIFORME, MARTÍN? —gritaba mamá, sin dejar de mirar el reloj.

Mamá revoloteaba por toda la casa. Buscaba debajo del sofá, destendía la cama recién tendida, metía las manos entre el montón de ropa sucia, regresaba al sofá, tumbaba el sillón de la entrada, cambiaba la ropa limpia de sitio. Y el saco del uniforme no aparecía.

—¿Dónde está el saco del uniforme, Martín, dónde lo dejaste? —preguntaba mamá, pero no esperaba respuestas de Martín. Ni siquiera lo miraba, ni siquiera se daba cuenta de que Martín se recostaba con todas sus fuerzas contra la pared cerrada del armario.

“¡Que no lo encuentre! ¡Que no lo encuentre!”, se decía Martín así mismo, cruzando los dedos como hacían los niños del colegio cuando querían que no los pasaran al tablero.

Tomado de Vasco, I. (2005). *Medalla de Honor*. Bogotá: Panamericana Editorial.

Irene Vasco (1952). Escritora colombiana. Ha escrito libros largos, cortos, gordos y flacos. Sus inventos son mágicos, reales, divertidos y a veces hasta peligrosos. Ha escrito *Paso a Paso*, *Pedro Nel Gómez*, *mitos, minas y montañas*, *La casa donde vive el arte*, *Mambrú perdió la guerra*.

